

EL ESCRITOR, ULTIMO ARTESANO SOLITARIO DE LA SOCIEDAD INDUSTRIAL

Paralelamente a la progresiva industrialización de la sociedad capitalista en Occidente, o, mejor aún, como parte de ese proceso, la literatura deja de ocupar el sitio de privilegio que antes tuviera y que la convirtió en el centro del discurso social. Desplazada, conserva, sin embargo, un prestigio «a la vez residual y tradicional».

En realidad, la aparición del arte de masas se registra a lo largo de todo el período capitalista. Pero la acentuación del proceso de industrialización es la determinante de la «invasión» del mercado por los productos seriados. La producción artesanal retrocede: «... la obra artesanal, rodeada por un nimbo escatológico, y, a la vez, sacral, con que la configura la imaginación romántica, la obra no-fungible y absoluta, se deteriora y es sustituida por una obra de elaboración conforme a cánones seriales». La llamada «subliteratura» deja de ser tal y se expande en el espacio social a través de las distintas concreciones: el folletín, la novela por entregas, el radioteatro, el teleteatro, la fotonovela, la literatura de cordel. El «áura» sacral que ha rodeado al escritor, mito, genio cuyo talento y creación es presentado como no traducible a nivel racional, como irreductible, inexplicable, se rompe y cae cuando la obra deja de ser única (Walter Benjamin). La situación de lectura ha variado; también son diferentes las condiciones en que se produce literatura. Ni el lector actual tiene mucho que ver con aquel burgués que se hundía en su biblioteca a disfrutar, dueño de un tiempo que le permite releer, interrumpir, criticar el libro elegido—la imagen de Matamoro es verdaderamente feliz—. Ni existen ya espacios especialmente dedicados a la producción de obras de arte (existen, pero están en retroceso y son escasos), sino que la constante es la continuidad entre el espacio del arte y de la vida: normalmente se ejecutan en el interior de la misma vivienda, al tiempo que se desarrollan otras actividades.

Frente a este panorama cabe avanzar o volver. La vuelta sólo puede consistir en una nueva sacralización, buscar el lugar hermético, la religión del hecho estético. Seguir implica aceptar, dejar de lado toda melancolía por los tiempos idos, no sentir «desprecio alguno por este tiempo de computadoras y máquinas tragamonedas». Por otra parte, es evidente que el descentramiento del discurso literario, su equiparación con la masa de discursos sociales que se producen en la sociedad actual, deja al descubierto uno de los aspectos más ocultos—más celosamente ocultados—por la burgue-

sía: la producción de la escritura. Esto me recuerda a Núñez Ladeveze, quien al internarse en la otra cara del fenómeno, esto es, la literatura de consumo, y al contemplar específicamente a la literatura de anticipación (ciencia-ficción), observaba que la estructura social ha cambiado. Si antes pudo hablarse de «pirámide social», hoy habrá que hablar, en todo caso, de pirámide truncada. No hay una élite, hay pluralidad de élites. No hay un discurso central, hay pluralidad de discursos, que aparecen como mosaicos enquistados en la sociedad al uso (*).

Creo que no es ocioso insistir sobre el tema. Me parecen de una utilidad esencial este tipo de estudios. Enfrentarse con la literatura como materia viva, procurar establecer el sitio que realmente ocupa, posibilitar el esclarecimiento de las posibilidades de abordarla, y no reverenciarla como sacralidad inerte.—ENRIQUETA MORILLAS (*San Martín de Porres*, 41, 3.º F. MADRID-35).

LA (REGION) POESIA MAS TRANSPARENTE **

Seis poetas andaluces componen este volumen: José Carlos Gallegos, Antonio García Rodríguez, Antonio Jiménez Millán, Joaquín Lobato, Manuel Salinas y Alvaro Salvador. Dos de ellos —Gallegos y Lobato—, nacidos en Málaga, y los otros, en Granada. Todos, jóvenes, nacidos «por las calendas del cincuenta», según afirman en un prólogo-manifiesto que firman y con buen humor llaman «Introduitorio rollo y mucha miga». Y pese al humor y sus aditamentos, se nos dice, por ejemplo, que *hora es ya de desterrar el miedo y el espejo*. Se trataría, según nos dicen, de crear una poesía en libertad frente a todo y frente a todos: sin caer en la tentación de construir una vanguardia, dejarse caer en la «vanguardia» que —según ellos— estos poetas son.

En realidad, los modos poéticos de estos seis poetas no difieren de los de su generación, y están bien repartidos entre los caminos de la nueva poesía. Así en el tema como en la forma. Desde la poesía erótica al experimento anglosajón, pasando por la denuncia social. Desde el verso medido y rimado a la palabra partida o des-

(*) Luis Núñez Ladeveze: *Utopía y realidad*, Madrid, Ed. del Centro, 1976.

(**) Publicaciones de la Librería Anticuaria El Guadalhorce, Málaga, 1976, «Colectivo 77», Cuadernos del Sur.

colgada. En cuanto al vocabulario, aquí tenemos una muestra delirante que incluye desde el verbo vibrante e indefenso al taco restallante y gritón.

¿Se parecen entre sí los poetas del colectivo? Uno a uno, paso a paso leídos, nos aparecen así:

José Carlos Gallegos nos entrega siete poemas, numerados, con el título genérico de *Y me arrojé displicente*. No son sus versos desabridos, y sí emparentados con las formas más clásicamente españolas. Sin embargo, la falta de puntuación (mezclada con un vocabulario que busca imágenes más o menos surrealistas) nos da el siguiente resultado:

*Oigo tu voz equivocada como percibir los ruidos
nocturnos la cadena de una bicicleta o el silbar
del viento entre los huecos de la puerta
quizá debiera dejarte fuera desconocido
e impedir que perturbes mi tranquilidad
de café recalentado y aunque obligado a
una explicación respondo y te dejo entrar.*

Antonio García Rodríguez (*Poemas que no pueden leerse en zapatillas*) se lanza por el camino de lo social y lo cívico, con variantes en la construcción del verso que van desde posibles cuartetos cantables al verso libérrimo. En cierto modo, su poesía es «transparente»:

*Si todos los poetas-segadores
en aventar el trigo se esforzaran
una nueva existencia se abriría
por medio de novísimas palabras.*

Antonio Jiménez Millán publica la más extensa muestra. *Predeterminados para Sabios*. Según parece es el más joven del grupo y, sin embargo, su poesía es quizá la más plena. Tal vez nos atraiga sobre todos el poema que por medio de un verso de José Hierro («Predeterminados para sabios, para teóricos») da título a los otros:

*Me han dormido en una noche muy larga,
donde ya no cabían rasgos de sangre
ni disonancias.*

Joaquín Lobato, mediante *Farándula y Epigrama*, nos muestra cómo es posible escribir sin puntuación, usando las mayúsculas únicamente en último extremo:

*mantones
de
manila
Airoso
balanceo relu
ciente*

Manuel Salinas (*Edelvira*), se aferra bien al tema más o menos erótico-amoroso, sin cuidarse de formalizar los versos y llegando hasta convertir en prosa un momento lírico (para entendernos).

Incluso es capaz de tomarse el asunto con humor:

*Quizás una dadivosa mueca, yo,
sin decir nada
enciendo un cigarro y ¡Zas!
después de veintitantos años fumando
me achicharro los dedos.*

Por último, Alvaro Salvador. Otro pequeño poemario que pretende ser la liquidación de la conciencia poética de ayer. *Las Cortezas del Fruto*. Si Gallegos nos entregó sus poemas numerados del uno al siete, Salvador lo hace partiendo del ocho y finalizando en catorce. Muy planificado, demasiado simétrico, prácticamente dos paréntesis que quieren «arropar» el contenido de la entrega. Salvador, nos dice en su «poema X»:

*Desnudo el pecho tu pezón resuelve
la tempestad y agita sobre el vientre
última soledad razón oscura
el intacto rubor: la limpia carne*

En fin, resumamos. El libro no puede mostrarnos totalmente el sentimiento de seis poetas con cien páginas impresas. Nos muestra, eso sí, la juventud más o menos física de éstos, sus prisas y sus pausas, sus ansias de «liquidar la conciencia poética de ayer». No nos engañemos. ¿Qué conciencia de ayer? ¿La de Quevedo? ¿La de Bécquer? O, por el contrario, serán destruidas las de Neruda, Vallejo, Machado... La vehemencia deja cosas muertas como resultado.

A todos nos ocurre el tiempo y con ello la edad. Momentos candorosos los de antaño, cuando soñábamos—creo que todos lo hicimos—con renovar el arte mediante esfuerzos colectivos. No hay poesía más que en el poema, dijo Guillén. No hay vanguardia más que en la vanguardia, aunque suene a perogrullada. Movimientos como los encarnados en Maiacovski pueden degenerar en todo lo contrario: véase el futurismo más reaccionario. Destrucción de las formas. Cam-